

**¡DISPAREN DIRECTO AL CORAZÓN!
EMILE DUBOIS, UN GENIO DEL
CRIMEN**

ROBERTO ANCAVIL YAÑEZ

ESTRENADA EL 29 DE NOVIEMBRE DE 1997, EN LA SALA DE TEA-
TRO ESCUELA LA MATRIZ,
BAJO LA DIRECCIÓN DE ROBERTO ANCAVIL

PERSONAJES

EMIL DUBOIS
JUEZ SANTIAGO SANTA CRUZ
OFICIAL GUTIÉRREZ
4 OFICINISTAS
LAFONTAINE
ÚRSULA MORALES
ELCIRA MARÍN
3 DEVOTOS
4 ESPÍRITUS
2 GUARDIAS
NIÑA

Sobre el espacio, puestos como maniqués se encuentran el juez y cuatro oficiales -policías. La acción se desarrolla en Valparaíso en 1906. En el centro del escenario está Dubois. Su mano izquierda contiene restos de sangre, su cuerpo está completamente bañado en sangre. Mientras habla Dubois, todos permanecen inmóviles. Sólo bajan desde el techo cuatro cuerpos.

DUBOIS:

A veces me parece que mi sangre corre a oleadas, igual que una fuente de rítmicos sollozos. La oigo bien que corre con un largo murmullo, pero en vano me palpo buscando la herida.

A través de la ciudad, como un campo acotado, mancha, transformando los adoquines en islotes, aliviando la sed de cada criatura, y por todas partes coloreando de rojo la naturaleza.

He buscado en el mar un sueño olvidadizo; pero el amor es para mí solo un colchón de alfileres hecho para dar de beber a esas crueles muchachas.

La noche voluptuosa sube, apaciguándolo todo, incluso el hambre, borrándolo todo, incluso la vergüenza.

El juez Santa Cruz cobra vida paseándose y reconociendo a los muertos. Dubois está presente. Quizá solo su presencia.

JUEZ SANTA CRUZ:

Gran cantidad de sangre se extiende alrededor de su cabeza; la parte derecha del cuello, la anterior y el rostro están cortadas, las vértebras cervicales están totalmente contusas. La piel y los músculos del costado izquierdo aún se mantienen caliente, el parietal derecho está destrozado, el golpe se prolonga hasta la cúspide del cráneo con tal sutil profundidad que nos hace suponer que la pulpa cerebral podría estar dividida en su mayor parte. El rostro presenta señales de varios golpes de tal violencia que los huesos y los músculos forman una papilla. Las muñecas presentan lesiones como si la víctima hubiese sido arrastrada desde éstas. Su pecho presenta una pequeña

y muy precisa herida que se dirige directamente al corazón. Es casi seguro que esta herida ha sido cometida por un instrumento agudo y cortante. Este presente informe cerrado y finalizado el día, mes y año indicado, de cuya sensibilidad y veracidad en todo su contenido damos fe.

De entre los maniqués, el oficial Gutiérrez cobra vida.

OFICIAL GUTIÉRREZ: Creo Usía, que la justicia está en graves problemas. *(EXTRAE DE SU BOLSILLO CARTAS QUE ESTÁN DIRIGIDAS AL JUEZ. LEE:)* Exigimos una mayor seguridad ciudadana, nuestros hijos no van a esperar en embarcarse lejos de esta verdadera boca de lobo. *(OTRA CARTA)*. Por el deber que le respecta hacia los inversionistas de la industria porteña, le exigimos aclarar esta situación. *(OTRA CARTA)*: Estamos como en una guerra, no vamos a soportar su ineficiencia. Los cargos continúan, las personas pasan. Usía, esto es delicadísimo, ¡escúcheme! Hay quejas de importantes personas del comercio que afirman que sus vidas no están seguras. Un loco anda suelto... matando... y anda suelto porque los vecinos tienen la culpa; los crímenes se cometen y nadie ha oído o visto nada, no hay sospechosos, lo único que hemos oído hablar es del hombre del sombrero... ¡Pero voto al diablo!, si todo el mundo usa sombrero... todos usamos sombrero... Más fácil sería que se tratase de un tipo de gorra.

JUEZ SANTA CRUZ: Sin duda el diablo ha metido aquí su cola. Tengo toda la idea de que se trata de un loco peligrosísimo. Pero si se trata de un demente. ¿Cómo no ha llamado la atención de nadie?

OFICIAL GUTIÉRREZ: Nadie le ve, nadie escucha nada. Las cortinas de las ventanas están cerradas más temprano. De los bares nadie vuelve a casa solo. Anoche tuve un sueño, soñé que mi hijo estaba siendo golpeado por mi esposa y al separarlo, él lloraba y me pedía que lo siguiera golpeando... sí que lo golpeará... mi mujer

y yo lo golpeábamos hasta matarlo. Luego la miré y tenía el mismo rostro que él... ¿Acaso no estamos todos un poco insanos?

JUEZ SANTA CRUZ: ¿De qué me sirve todo lo que usted me está contando? Sé perfectamente que usted no está durmiendo bien, pero con ello no podemos desmentir el hecho de que un asesino desconocido aterroriza a las personas y que la justicia no logra dar con él.

Sale el Juez Santa Cruz. Penumbra. Oficial Gutiérrez solo. Voces, quejidos.

OFICIAL GUTIÉRREZ: ¡Basta, basta, basta!

Cruza el escenario, una niña antigua, con un juego. Quizá un espectro.

NIÑA: (CANTA)
Caía, caía, caía y la cara se te partía
Con un remezón, directo al corazón.
Tonto muñeco pálido y tieso
Tonto muñeco pálido y tieso
Caía, caía, caía y la cara se te partía
Con un remezón, directo al corazón.
Tonto muñeco pálido y tieso
Tonto muñeco pálido y tieso

Sobre una gran mesa, llena de archivos y papeles, los oficiales.

OFICIAL GUTIÉRREZ: Las víctimas eran todas comerciantes extranjeros, los dos últimos alemanes.

OFICIAL 1: ¿Alguien que odiaba a los alemanes?

OFICIAL 2: Todas las personas eran de edad. Los victimarios no asaltaban a gente joven.

OFICIAL 3: Tal vez porque buscaban encontrar dinero, fortuna en las personas mayores.

OFICIAL GUTIÉRREZ: ¿O acaso porque eran más fáciles de atacar, reducir, golpear y matar?

- OFICIAL 1: Siempre se usa el laque para aturdir a la víctima.
- OFICIAL 2: Y luego una daga para victimarlos con un golpe directo al corazón.
- TODOS: ¡Un golpe directo al corazón!
- OFICIAL GUTIÉRREZ: Y luego esa especie de firma: los pies juntos, los brazos separados en cruz...
- OFICIAL 2: El golpe de daga que dejaba una pequeña herida en el corazón. Este asesino tenía experiencia, como si hubiera ensayado, ya que el punto elegido era el justo para una inmediata muerte.
- OFICIAL 3: ¿Algún hombre con ciertos estudios de medicina?
- OFICIAL 1: Hay, sin embargo, algo absurdo. Los robos son pequeños.
- OFICIAL 2: ¿O habrá un individuo con manía de relojero?, que sólo se lleva relojes de bolsillo.
- OFICIAL 1: Esto me hace suponer más bien una venganza, disimulada con pequeños robos. Nunca se llevan papeles, documentos, cheques, pero casi siempre la caja de fondos se muestra abierta, ¿qué buscará el asesino en esas cajas de fondo?...
- OFICIAL GUTIÉRREZ: Se emplean llaves, ganzúas en gran cantidad, como si el hombre tuviera experiencia de cerrajero. El asesino siempre vuelve.
- Se pasean desesperadamente alrededor de la mesa buscando una respuesta.*
- OFICIAL GUTIÉRREZ: ¿Cuál es su aspecto? ¿Dónde se oculta? Nadie lo conoce, sin embargo se halla entre nosotros. ¡Puede ser cualquiera! El hombre que se sienta a tu lado puede ser tu asesino.

- OFICIAL 2: Es cierto.
- OFICIAL 3: ¿Se puede saber por qué me están mirando de esa forma?
- OFICIAL 2: Ya lo sabrás. Y pronto.
- OFICIAL 3: ¿Qué es lo que tengo que saber?
- OFICIAL 1: Piénsalo un poco, a ver si se te ocurre.
- OFICIAL 2: Algunas noches se te ha visto caminando por las escaleras de los cerros.
- OFICIAL 3: ¡Es que te has vuelto loco, cerdo maldito!
- OFICIAL 2: ¿Quién es aquí el cerdo: nosotros o el que misteriosamente sale a caminar por las calles de la ciudad?
- OFICIAL 3: ¡Cerdo repugnante! ¡Eres un maldito asqueroso!
- OFICIAL 1: Y tú un asesino.
- OFICIAL GUTIÉRREZ: ¡Pero señores! ¡Por favor señores!
- OFICIAL 3: Tú y yo, nosotros ya hablaremos delante del juez.
- OFICIAL 2: Haré que te maten en la cárcel, ya lo verás.
- OFICIAL 3: Eres un maldito infame ¡infame! Haberse visto semejante calumnia.

Una noche, una calle

- URSULA: ¿Son para mí?
- DUBOIS: Para quien cuando ama da la vida y la muerte.
- URSULA: Pero eso sucede solo en el teatro señor, no exagere.

DUBOIS: ¿Cómo te llamas?

URSULA: Úrsula Morales.

DUBOIS: ¿Es tu verdadero nombre?

URSULA: Sí señor.

DUBOIS: Que extraño, una actriz tan famosa como usted, tan prestigiosa e importante usa su nombre verdadero. Tenga, acepte estas flores, hermanas de su hermosura. ¿Me permite acompañarla a su casa?

URSULA: Gracias, señor, prefiero irme sola... No se ofenda, es que vivo en un barrio muy modesto y además mi madre me espera. No le gusta que llegue acompañada por hombres, claro, no sé, es usted un caballero, creo que a ella va a gustarle.

¿Pero qué hace usted? Es allí, hay luz, mi madre debe estar impaciente esperándome.

DUBOIS: Je t'aime. Yo te amo, yo te amo. Déjame verte mañana, moriré si no te veo.

URSULA: Está bien, mañana otra vez a la salida del teatro. Ven tú también, no dejes de venir o la que se va a morir seré yo.

Dubois grita por el escenario.

DUBOIS: ¡Monsieur Lafontaine! ¡Monsieur Lafontaine!

Dubois entra a la oficina de Lafontaine.

DUBOIS: Estimado señor, soy ingeniero en minas y el haber viajado desde Francia por distintos países, me coloca hoy en una situación bastante incómoda. La mala fortuna me ha impedido, hasta aquí, en este hospitalario país encontrar un trabajo digno de mi condición. Me encuentro casi huérfano, la vida me

aflige con las necesidades más crueles. Buscaba una recomendación, algún socorro.

LAFONTAINE: Siga usted. Exprésese usted sin temor.

DUBOIS: Ya le he dicho señor. No soy un mendigo, pero mi situación es tan aflictiva, que muchas veces he tenido que luchar desesperadamente para mantener en mi cerebro la razón, que huía, llevándome a la cura del suicidio... ¡Es necesario que me dé dinero! Mi estado es tanto más aflictivo, cuanto que aquí nadie me conoce... Por eso es que recurro a las personas de sentimientos caritativos, como usted, que puede hacer algo por un infeliz. Debo hacerle una confidencia... ¡Siento vergüenza!, pero usted señor que ya lo sabe todo ¿por qué no decírselo también? Desde hace dos días mi único alimento no ha sido más que un pan pequeño.

LAFONTAINE: Aquí tiene, aquí tiene un modesto auxilio. Perdóne usted lo poco, pero yo no soy rico. *(LE DA DOS BILLETES)*.

Congelan. Entran en escena tres devotos en camino a la tumba de Dubois. Susurran:

... Tú moriste inocente
Y a los tuyos ayudas
Te seguimos suplicando
Que nos sigas amparando,
Por favor te pedimos
Los que rezan por ti...

DEVOTO 1: Fue Emilio Dubois un aventurero elegante y heroico francés, siempre elegante y cordial. Amaba las emociones de la vida y procuraba encontrarlas como fuese, tan pronto participaba en una revolución o se sentaba a beber un buen vaso de vino en compañía de sus amigos, poetas y músicos. De su país y de otros había sido expulsado por ser incomprendido, por eso llegó a Chile donde en secreto no se sabe

quiénes, le tendieron una celada, acusándolo de asesino.

DEVOTO 2: En el terremoto de 1906 se derrumbó su celda, sí, su celda, pero él no huyó, empeñado en probar su inocencia, pero al ver que lo condenaban, que sus abogados no podían hacer nada, y hasta el presidente de la república le negaba el indulto, con la frase mal intencionada: este francés se muere en Chile.

DEVOTO 3: Decidió escaparse de la cárcel. A un hombre educado e ingenioso no le costó nada arrancarse de los gendarmes. Saliendo tranquilamente con sus ropas, poco conocedor de Valparaíso, pretendió subir por las quebradas hasta lo alto del puerto, seguido por los gendarmes... los matorrales espinudos acabaron por vencerlo, desarrapado y arañado, mejor prefirió entregarse. Sonriendo retrocedió hasta sus perseguidores, ignorante de que a sangre fría, el gendarme de quien había escapado le iba a disparar dos tiros: uno en la cabeza y uno en el pecho.

DEVOTO 1: Quien disparó esa arma, a sí mismo se mató. Al poco tiempo, el gendarme murió en un accidente.

DEVOTO 2: Igualmente, el presidente que le negó el indulto falleció de extraño mal, ¡en Francia!

DEVOTO 3: Los amigos de Dubois, sus novias, sus compañeros reos, el abogado, fueron visitados por la fortuna: no les faltaron el dinero, el trabajo, el cariño, porque Emilio Dubois, como todos sabemos, ayuda a quienes lo estiman y atribula a quienes le odian.

Salen los devotos.

LAFONTAINE: ¿Usted otra vez?

DUBOIS: Buenas noches, señor Lafontaine.

LAFONTAINE: Buenas noches, Monsieur Dubois, aguarde un segundo y enseguida lo atiendo.

DUBOIS: Estoy apurado, deseo que me ayude con algo. Ahora tengo a mi esposa conmigo y me faltan recursos. He solicitado ayuda a mis socios y amigos en París, pero como usted sabe, los encargos hoy en barco no son lo que desearíamos... ayer me he comunicado con ellos y hablan de buenas rentas en antiguos negocios. Mi mujer, como toda dama, demanda en sus obsesiones y caprichos... me gusta complacerla. Si no somos nosotros quienes velan por ellas ¿quién?... usted entiende...

*Dubois se acerca a Lafontaine. Lo ataca con su laque hasta matarlo.
Al lado del cadáver:*

DUBOIS: Aun así usted no está respirando, pero su rostro tiene la piedad. Silencio y soledad, ¡santa soledad! ¿te tendré yo alguna vez? ¿Será éste el respiro de su despedida? ¡Está bien muerto! ¡El silencio me aterra! Tú y yo más allá de las palabras... Háblame, dígame si me considera miserable. No, no me puede olvidar, le he liberado de su viejo y enfermizo cuerpo. Su generosidad es pobre al lado de su terror... ¡Maldición! ¡Es una cantidad insignificante!

En el centro del escenario. Solo. Quizás mucho silencio.

DUBOIS: Mi huella flota indecisa sobre la historia estos años. Apenas si recuerdo que abandoné la sangre de mi huerto. Soy Emil Dubois, con la gente soy amable. Me pongo un sombrero según la costumbre, y me digo sobre la gente: son bichos raros de olor especial, y pienso: no importa, también lo soy. De mi madre no conservo recuerdos. Me llevó a las ciudades en su vientre. Me dejó solo al nacer. Retratos melancólicos están grabados en el fondo de mi corazón. ¡Cuánta falta me ha hecho su cálido apoyo en esta vida!

Provisto de los sacramentos de la muerte: periódicos, trabajo, sueños de almas clamantes. Camino en busca de la luz, que ocultan todos cada día. ¡Me elevo y caigo!

Caigo, caigo.

En la ciudad quedará solo el viento que pasa por ella.

Al anochecer reúnome con los míos. Los secretos de la noche y nos tratamos de gentleman mutuamente. Apoya su aliento en mi hombro y me dice: nos irá mejor. Y yo le pregunto ¿cuándo? ¿Cuánto dura esta noche? Oh, presente infinito. Cómo calmar el latido, impaciente de la verdad. Sí... sí... creo que te escucho decirme: edúcate tú mismo. ¡Educate tú mismo!

Abrázame y dime: quién soy.

Bésame y dime mi sabor.

Abrázame y dime: quién soy.

Bésame y dime mi sabor.

Entran Úrsula y Elcira quizás hablan simultáneamente. Lavan sus cuerpos.

URSULA Y ELCIRA: ¡Emilio! ¡Emilio!

DUBOIS: Y esta ciudad existe, solo porque hay dolor y mentiras, es tan sucio.
No hay serenidad.
No hay cordialidad,
y no existe nadie que te mire a los ojos
y te pregunte ¿eres tú?

URSULA: Monsieur Dubois, ¡qué gran honor! ¡Se ha acordado usted de repente que tiene una mujer y un hijo!

DUBOIS: Ursulita, Ursulita. Nunca la he olvidado, aunque usted no lo crea.

URSULA: Nunca le he pedido que sea un ejemplo para su hijo, pero demostró muy pronto usted qué clase de persona era. Yo ya he renunciado a mi vida de mu-

jer. Monsieur Dubois, si es usted un gran...

DUBOIS: Alors, Je sai; alors je sai; alors je sai. Usted siempre me consideró... Usted cree que yo soy un...

URSULA: ¡Oh, Emilio!, eres capaz de cualquier cosa.

ELCIRA MARÍN: Tú... a ti... te deben haber querido mucho... bueno... muchas mujeres.

DUBOIS: ¿Cómo?

ELCIRA MARÍN: Has debido de inspirar pasiones terribles.

DUBOIS: Nunca me he preocupado mucho por el amor, pequeña.

ELCIRA MARÍN: Nadie lo diría.

DUBOIS: Lo que tú quieres decir no tiene nada que ver con los sentimientos. Es pura cortesía. El amor... ¡Ah el amor!... el amor es otra cosa.

*"Mon enfant, ma soeur.
Songe a la douceur
D'aller la-bas vivre ensemble.
Aimer a loisir
Aimer a mourir..."*

ELCIRA MARÍN: ¿De quién es? Suena bonito. Sigue...

DUBOIS: De Charles Baudelaire.

ELCIRA MARÍN: Ese monstruo... Mi patrona dice que lo tuvieron en un proceso.

DUBOIS: A los genios siempre los llaman monstruos.

ELCIRA MARÍN: ¿Por qué lo dices?

DUBOIS: Para la posteridad. Muy bien tenga usted entonces.

ELCIRA MARÍN: Monsieur Dubois. Si este dinero no es dinero honrado, no lo quiero.

DUBOIS: Querida amiga, es usted muy quisquillosa. Le aseguro que no es el momento adecuado para andar con remilgos. ¿Quiere que me lleve otra vez el dinero?

ELCIRA MARÍN: Sabe muy bien que tengo gastos.

*Una calle. Pitazos y corridas.
En el hotel.*

URSULA: ¿Qué ocurre, Emilio?

DUBOIS: ¡Mala suerte! Unos policías me confunden con un tipo que asaltó a un tal Lafontaine, que era un contador general de los molinos de San Pedro. Eso fue lo que me dijeron en la comisaría. Un idiota me confundió cuando entré al telégrafo para ponerle un telegrama a D'witts. Será mejor que me vaya a Valparaíso. La marcha de los dos podría prestarse para torpes sospechas. Si por casualidad llegaran a visitarte, yo me he acostado temprano todas estas noches, porque estaba enfermo el niño. No me moví de su lado.

URSULA: Emilio, no comprendo. ¿Qué haremos nosotros dos solos sin ti?, no nos puedes dejar.

DUBOIS: Compréndeme, a veces la mala suerte nos persigue. Cualquier coincidencia podría ser fatal. Si de algo te acusan a ti o a mí, niega todo.

Una espera. Dubois solo observa.

URSULA: Te estuve esperando, hasta pasada la una. No, Emilio, no voy a llorar, porque estuve llorando veinte días, y es mucha lágrima para mi estado. ¿Cómo me encuentras? ¿Muy gastada, muy ajada la ropa? ¡Veinte días, Emilio!, ahí, en el calendario, lo iba

rayando con sosiego, preguntándome si mañana tendría que caminar hasta el hospital o a la morgue. ¿Te das cuenta?, viuda y sola. Ahora, ahora, con una vida en mi vientre y una noticia de crónica policial en mis manos, veinte días, veinte noches, eso es mucho después de un solo día y medio en casa. Pero eso fue como si no estuvieras, entre tus vasitos de vino, tus preguntas, tus proyectos y tu risa preguntándome de repente cosas raras. ¿Has ahorrado algún dinero? ¿Cómo está el viento?... De repente llegas por la ventana, todavía no abres el ropero cuando ya te vas golpeando la puerta como el viento, eres impetuoso como el viento, llegas como él. Llegas yéndote y tienes ese aspecto fugitivo. Tuve frío esa noche, esperándote con la ventana abierta, había una luna enorme cayendo entre las nubes cargadas de lluvia que venían de Laguna Verde. ¡Por Dios que tuve frío esa noche!

DUBOIS:

¿Cómo estás? Pensé en ti mientras anduve caminando por la ciudad. Estuve en los malecones, hacia el atardecer, me sentía triste, desasosegado, como lleno de pensamientos, la contemplación del mar me perturba, me rompe los nervios, me aterroriza. En otras circunstancias, bajo otro cielo, me haría bien, me haría trabajar en algo limpio y claro, pero aquí no, Úrsula, no en este país, no en esta tierra, aquí no, no puedo, no podré, no podrás, me dice el mar, no podrás nunca, y alza sus aguas para mostrarme su fuerza musculosa, sus formidables bíceps, ansiosos y devoradores. El tiempo, el tiempo es un viejo que cuando nos ve tristes coge una silla y nos ve desde el otro lado, se queda ahí, no se quiere ir, devanándonos un poco de carne nuestra, algunos nervios sueltos, lágrimas sin motivo. Úrsula, una de estas noches te vendré a buscar temprano para que vayamos al teatro. Tú con tu abrigo de piel, guantes largos. Yo con mi abrigo peludo y con mi corbata blanca... ¡Nos quedarán mirando!

URSULA:

Hablas de cosas lindas, pero te pones melancólico,

hundes tus palabras en la soledad y en la muerte, hablas como un triste y procedes como un hombre verdadero. En el fondo estás solo, cada vez más solo Emilio, estás cavando un agujero muy profundo, pero no es para otro, no es para los otros. Te veo ahí, abajo, en el centro, en la penumbra que empieza a ser oscuridad. Oh Emilio, tengo miedo, te veo cada vez más solo y más vulnerable. Emilio, Emilio ¿quién eres?

Una daga manchada con sangre.

URSULA: ¿Qué dices? ¿Qué hiciste Emilio? ¡Lo mataste! ¡Mataste al viejo!

DUBOIS: Mira mis manos. Son blancas y nobles, potentes y fuertes, ágiles, más despiertas que yo mismo, nunca dan nada feo ni incompleto, nunca harán sino un trabajo limpio. Yo trato de ser francés hasta en la punta de los dedos. Nunca dejaré de serlo, así me cojan, y no me han de coger nunca, nunca me cogerán, estoy recién creciendo, me estoy elevando.

URSULA: Emilio, Emilio, eres un verdadero asesino, un brutal, inteligente y despiadado asesino. Te quiero, te quiero, nunca te faltaré si no quieres que te falte, pero mañana van a descubrir el cadáver.

DUBOIS: Lo hallarán enseguida. Está en la silla, justo detrás de la puerta.

URSULA: Emilio, Emilio no te vayas.

DUBOIS: Iré, iré, mujer. Estaré un rato con él, correré las cortinas para que el sol lo caliente un poco, estaré un poco, estaré un par de largas horas con él; hasta le conversaré un poco... me debo al viejo, le estoy agradecido. Era un poquito desconfiado, pero finalmente entró en razón. Creo que me sentaré a su lado para hablarle, le hablaré del día, eso le hará bien, los emigrantes nos sentimos tan solos, por eso

a veces, a veces, Úrsula, no somos enteramente buenos, nos hace falta la tierra.

URSULA: ¿Qué harás con el viejo, Emilio?

DUBOIS: El recuerdo de un muerto es como una hoja en el aire... no pesa... Úrsula... lo tendré que borrar al viejo de mi lista. Deja la libreta en el velador, chérie.

Carreras, corridas y pitazos.

OFICIAL GUTIÉRREZ: ¡Usía! ¡Usía! ¡Usía!

JUEZ SANTA CRUZ: ¿Pero qué pasa?, ¡hable!

OFICIAL GUTIÉRREZ: Señor Juez, es que vinieron con un recado urgente de la primera comisaría.

JUEZ SANTA CRUZ: ¡Vaya! ¿algún otro nuevo crimen?

OFICIAL GUTIÉRREZ: No, Usía. Un señor que dice que es el segundo jefe de la sección de pesquisas quiere hablar con usted, dice que le va interesar mucho a Usía.

JUEZ SANTA CRUZ: Por Dios, ¡dígallo de una vez! ¡A qué se debe su sorpresiva impaciencia!

OFICIAL GUTIÉRREZ: Afírmese bien, Usía. Creo que tenemos la primera pista en los crímenes del loco de la daga.

JUEZ SANTA CRUZ: ¿Han encontrado alguna huella? ¿Hay algún testigo?

OFICIAL GUTIÉRREZ: No Usía, creo que hemos encontrado al hombre.

JUEZ SANTA CRUZ: ¿Ha confesado?

OFICIAL GUTIÉRREZ: No. Usía. Niega todo...

JUEZ SANTA CRUZ: Entonces estamos como al comienzo, no veo para qué me ha molestado.

OFICIAL GUTIÉRREZ: Se trata de un francés. Usía. Fue detenido después de agredir al dentista Davies, en pleno centro de Valparaíso... el dentista afirma que trató de asesinarlo.

JUEZ SANTA CRUZ: Por Belcebú. Está bien. Gutiérrez, que lo pasen mañana a primera hora a mi despacho, yo lo interrogaré.

En la comisaría.

OFICIAL GUTIÉRREZ: ¿Cómo se llama?

DUBOIS: Emilio Dubois Morales

OFICIAL GUTIÉRREZ: Bueno, señor Dubois, ¿es un caballero? ¡Sáquese el sombrero cuando está delante de la autoridad!

OFICIAL GUTIERREZ: Profesión...
¿Qué está haciendo?

DUBOIS: Mi tarjeta está aquí, retírela usted.

OFICIAL GUTIÉRREZ: Emilio Dubois, ingeniero en minas. ¿Ingeniero de minas...? Está bien, ¿domicilio?

DUBOIS: No interesa, jamás ligo mi domicilio particular con mis actividades comerciales.

OFICIAL GUTIÉRREZ: ¡Domicilio! Y dígame el verdadero porque lo averiguaremos de inmediato. No olvide que usted está detenido, sorprendido en delito infraganti de agresión a la persona del señor Charles Davies, dentista de nacionalidad norteamericana.

DUBOIS: Calle Cumming 238

En el otro extremo del escenario vemos a dos guardias y el oficial Gutiérrez.

OFICIAL GUTIÉRREZ: Tres laques con revestimiento de cuero; dos de ellos evidentemente contienen manchas oscuras de sangre. Dos manojos de llaves de diversos tamaños;

una boleta de una agencia donde se ha solicitado dinero prestado, dejando en prenda un reloj de oro Waltham. Y una libreta llena de nombres de comerciantes porteños con curiosas cifras a sus lados. Algunos con simples ceros. Otra lista con los nombres de Lafontaine, Tillmanns, Titius, Challe... y algunas marcas con una cruz a su lado; éstas se acompañan del nombre de las personas, su domicilio, dirección de su oficina, hora de atención y salida... nombre de las empleadas y empleados que además atendían esas oficinas.

Que notifiquen al Juez Santiago Santa Cruz, él está de turno mañana. A primera hora será presentado a Usía. Guarde, oficial, todos esos objetos cuidadosamente y acompáñelos con el detenido.

Juez Santa Cruz. Dubois esposado de pies y manos.

- DUBOIS: Señor Juez, ¿Podría explicarme qué es lo que ocurre? ¡Se me ha detenido, se me ha vejado, no se me ha permitido explicar un horroroso mal entendido! ¡Esto es inaudito!. Pido a usted se me haga justicia en nombre de la justicia.
- JUEZ SANTA CRUZ: Ha sido detenido por atentar con violencia en contra del señor Charles Davies, de nacionalidad norteamericana.
- DUBOIS: La nacionalidad me tiene sin cuidado... ¡Fue ese señor quien me atacó a mí! ¿Cómo dijo que se llamaba? Ni siquiera lo conozco. Verá usted, yo me afirmé en la puerta...
- JUEZ SANTA CRUZ: Usted estaba tratando de abrir la puerta.
- DUBOIS: Esa es una suposición odiosa. Tengo puerta en mi casa. ¿Por qué habría de abrir la de los demás?
- JUEZ SANTA CRUZ: Porque usted es un ladrón. En la persecución se dedicó a botar ganzúas y toda clase de llaves. ¿Recono-

ce estas llaves?

DUBOIS: Sí, son mías. ¿Qué tienen de extraño? Es cierto que soy ingeniero de minas. Usted ha podido comprobarlo en mi pasaporte, pero también ejerzo la profesión de cerrajero, porque en Valparaíso no hay minas ¿no es así?

JUEZ SANTA CRUZ: No lo recuerdo. ¿Cuándo a uno le piden que haga una llave no le solicitan documentos?

OFICIAL GUTIÉRREZ: No, señor.

JUEZ SANTA CRUZ: Usted agredió con un laque al señor Davies. El laque solo lo usan los asaltantes, los bandoleros.

DUBOIS: Señor Juez, usted quiere enredarme con sus acusaciones. Plantéeme los cargos de uno en uno. Aquí existe primero una agresión del señor Davies hacia mi persona, ante el que yo reaccioné en defensa propia. Eso podría probarlo cualquier abogado, pero no lo necesito: sobran los testigos. Y usted lo sabe. En segundo término, es verdad que yo me defendí del ataque con un instrumento de defensa que no es ni un revolver, ni cuchillo criminal. ¿Estamos claros? Un simple aparato para golpear un atacante, de los que suele haber en la subida de los cerros. Yo vivo en un cerro de calle Cumming, según puede demostrarse. El hecho de poseer un laque no indica que sea un delincuente. El hecho de que usted viva con su mujer y la hermana de su esposa, no prueba que usted sea un bígamo, Usía.

JUEZ SANTA CRUZ: ¡Cállese señor Dubois! Y remítase exclusivamente a responder las preguntas que yo le haga. ¡Aquí yo hago las preguntas!

DUBOIS: Y también se inventan las respuestas a su manera.

JUEZ SANTA CRUZ: ¡Silencio el detenido! Explíqueme ahora esta libreta, estos nombres, estas cruces en nombres de hombres

que ya han muerto. Estos detalles prolijos de la vida de importantes comerciantes. Estos números que nada tienen que ver con sus negocios de minas. ¡Y le prevengo, señor Dubois que sea claro! Hay aquí sospechas y conexiones que voy a investigar hasta la última de ellas.

DUBOIS: ¿Me puedo sentar, Usía? Es cierto que un acusado debe mantenerse de pie ante el juez, pero entre caballero y caballero hay ciertas normas que no cuesta nada mantenerlas.

JUEZ SANTA CRUZ: Acérquenle una silla.

DUBOIS: Son los problemas de un caballero pobre. Su Señoría. Llegué a Valparaíso de Colombia, de Bolivia, donde efectivamente me desempeñé como ingeniero de minas. La suerte, el destino me trajo a Chile. O el amor. Seguí a una mujer que me abandonó. Sin trabajo comencé a solicitar ayuda a mis connacionales. Verá, allí figuran especialmente extranjeros, porque creí que habiendo llegado como yo a Chile, sin fortuna, podrían ayudar a otro que llegaba en las mismas condiciones. Algunos me comprendieron y fui anotando las sumas de dinero que me daban. Los ceros indican los que no se apiadaron y jamás me dieron un centavo. Hay un cero por cada visita inútil. ¿Las cruces? Una, negación; dos, avaricia. ¿Estamos claros? Pasemos a otra cosa.

JUEZ SANTA CRUZ: De manera que aparte de este trabajo usted Dubois ¿no vivió de ningún otro?

DUBOIS: No, su Señoría, he sido pobre, pero caballero, y la pobreza no se elige, se acepta. Y en el pedir no hay engaño. Elegí mal: los viejos tienen miedo de ser pobres y no dan. Los jóvenes botan lo propio y lo ajeno.

JUEZ SANTA CRUZ: De manera que usted vivía del sablazo.

- DUBOIS: No, Usía, de la poca generosidad.
- JUEZ SANTA CRUZ: ¿Qué profesión dijo usted que tenía?
- DUBOIS: Ingeniero en minas, su señoría.
- JUEZ SANTA CRUZ: No, Emilio Dubois, su profesión era mendigo. Escribiente, ponga ahí, Emilio Dubois, profesión, mendigo.
- DUBOIS: ¡Eso es una infamia! Llegué a empeñar mis prendas más queridas antes de decidirme a pedir.
- JUEZ SANTA CRUZ: ¿Empeñó? ¿Qué cosa?
- DUBOIS: Bueno, lo valioso que tenía. Un reloj de oro.
- JUEZ SANTA CRUZ: ¿Dónde?
- DUBOIS: No tiene importancia. Mis miserias no pueden importarle a un hombre de situación.
- JUEZ SANTA CRUZ: ¡Guardias! Llévense a este hombre y me lo tienen incomunicado en el calabozo hasta que confiese dónde empeñó su reloj.
- DUBOIS: Espere. Un juez no debe alterar su genio. La justicia no se altera, son los hombres los que suelen alterar la justicia.
- JUEZ SANTA CRUZ: ¡Basta de filosofías! ¿Dónde empeñó su reloj?
- DUBOIS: En La Bola de Oro.

Una noche, lluvia.

- URSULA: En obediencia a lo que tú me dices en tu última, a nadie le he dicho que tú estás en ese puerto. No tengas recelo de que sea indiscreta; por lo demás conozco a muy poca gente. Como ya habrá leído en los diarios, los sujetos que están presos por aquello

de Lafontaine han sido condenados a muerte por el promotor fiscal. Siempre la suerte te acompaña. Esta circunstancia me induce a pedirte otra vez que no vuelvas a las mismas y que me dejes ir a reunirme. Ya no hay ningún cuidado. No me explico tu negativa a esta petición mía.

El niño está muy dije y te envía cariños. Te saluda tu afectísima amiga:

X.

En la puerta de la cárcel:

URSULA: Pido autorización al director del establecimiento, Señor Marcial Loy, para ver al reo Luis Amadeo Brihier Lacroix, mi esposo Emilio Dubois.

DUBOIS: Mi hijita, tenga resignación, sea buena, nuestro hijo debe ser todo su cuidado, todo su afán, que él sea un hombre bueno es el único pensamiento, el último deseo de su desgraciado padre. Usted, Ursulita, tiene mucho que sufrir, súfralo por él, el pobrecito inocente, quizás más tarde sean felices. Mis memorias deben ser sagradas y no objeto de ganancias. Delas usted a la persona que le he indicado ya.

Frente al patíbulo.

DUBOIS: Parece que aún estamos en los tiempos de Nerón... ¡Tanta gente reunida para ver morir a una víctima indefensa! Tengo que decirles que muero inocente y que el primer culpable de mi muerte es el juez señor Santa Cruz, que tergiversó mis declaraciones cambiando los hechos y suponiendo cosas que nunca he dicho. Después hizo lo que nunca se había hecho en Chile; habilitar el feriado para matar a un hombre, como procedió la corte de este puerto. Sé que se me ha condenado por crímenes que yo nunca he cometido: sin prueba alguna, esto os lo dice este hombre desde el fondo de su corazón. Se necesitaba un hombre que respondiese a los críme-

nes que se cometieron y ese hombre he sido yo.
Muerdo, pues inocente, no por haber cometido yo
esos crímenes, sino porque esos crímenes se cometie-
ron.

¡Ejecutad!

Sólo quiero que disparen directo al corazón.

Entran espíritus. Se llevan a Dubois.

DUBOIS:

En el ocaso de mis años,
yo te bendigo vida,
porque no me diste ilusiones vanas ni esperanza
fallida.
Fui el arquitecto de mi propia vida.
Amé,
fui amado.
El sol acarició mi faz.
Vida, nada me debes.
Vida, estamos en paz.

FIN DE LA OBRA